



Es probable que en la larga y compleja historia del hombre pensante no se haya dado otro caso en el que una vida tan corta haya producido una lista tan larga de obras maestras, una herencia tan duradera y trascendente, una mitología tan profundamente arraigada. Tal fue el caso de Juan Crisóstomo Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791), nacido en Salzburgo, muerto en Viena, ciudades en las que realizó la mayor parte de su sorprendente catálogo de composiciones. Como si en lo más profundo de su ser hubiera sabido desde siempre que su tiempo en esta tierra habría de ser limitado, comenzó temprano a construir su incomparable legado musical: sus primeras composiciones, breves piezas para teclado, datan de 1762, cuando tenía apenas seis años de edad. En las tres décadas siguientes, Mozart se dedicó infatigablemente a crear una obra genial tras otra, en todas las formas y géneros conocidos en su época; y aún en aquellas de sus composiciones que no han trascendido como obras maestras, es posible percibir un equilibrio, una atención al detalle y una frescura de invención difíciles de encontrar en otro compositor, de su época o de cualquier otra.

En los poco más de doscientos años que han pasado desde la muerte de Mozart, el mundo no ha dejado de asombrarse con la amplitud y profundidad de su catálogo, que comprende cerca de 600 obras pero, como ocurre con frecuencia, su música ha sido explorada de manera parcial, y el gran público suele entrar en contacto con el joven genio de Salzburgo por medio de una visión muy incompleta de su producción. En efecto, son indudables los méritos extraordinarios de sus sinfonías maduras, sus numerosos conciertos para piano, las grandes óperas de su última etapa, sus impecables cuartetos de cuerda, sus misas más importantes. Sin embargo, y sobre todo en el contexto de la celebración del 250 aniversario de su nacimiento, no hay mejor homenaje posible para Mozart que la audición de aquellas otras áreas de su catálogo que, no por menos difundidas son menos ricas y satisfactorias. Así, las numerosas series de minuetos y contradanzas que creó para los bailes de salón de su época; las soberbias serenatas que escribió para diversas ceremonias de graduación en el medio académico de Viena; las deliciosas piezas para armónica de cristal que le

Juan Arturo Brennan
Musicólogo

NO PARA EL GOBIERNO

compuso a la virtuosa ejecutante Marianne Kirchgässner; sus obras de cámara para ensambles mixtos de cuerdas, alientos y piano; las letanías, motetes y vísperas que dedicó a diversas fiestas del calendario litúrgico; sus elegantes sonatas de iglesia para órgano y orquesta, y sus curiosas obras para órgano mecánico; sus solemnes músicas de inspiración masónica; sus numerosas arias de concierto, y otras tantas que escribió para ser insertadas en óperas de otros compositores; sus partituras para ballet; los numerosos cánones vocales que escribió como verdaderos acertijos sonoros, algunos de ellos sobre textos francamente lúbricos y escatológicos. No hay límite, en otras palabras, a la cantidad y variedad de riquezas musicales que es posible hallar en la música gloriosa de Wolfgang Amadeus Mozart. No está mal, de ninguna manera, escuchar otra vez la *Pequeña serenata nocturna* o la *obertura de La flauta mágica* o el *Concierto para piano número 20*, o la *Sinfonía número 40*, pero el genio de Mozart bien vale la pena el esfuerzo (gozoso esfuerzo, por otra parte) de buscar y escuchar el resto de su asombrosa contribución a la cultura sonora de Occidente. Y como complemento de ese homenaje personal, privado, de cada oyente, es posible acercarse a algunas en los numerosos homenajes que los músicos de diversas latitudes y orientaciones le han dedicado a Mozart a través de glosas y transformaciones de sus obras: entre muchos otros de estos homenajes están, por ejemplo, las formidables extrapolaciones orientales contenidas en los discos titulados *Mozart el egipcio*, o los conciertos para piano interpretados por el siempre impecable jazzista francés Jacques Loussier, o los lúdicos arreglos para quintetos de metales sobre algunas de sus obras, realizados por el grupo *Canadian Brass*, o las variaciones-improvisaciones sobre algunas de sus piezas realizadas por el ensamble del pianista Uri Caine, con todo y un Dj y sus tornamesas.

La música de Mozart, en cualquiera de sus manifestaciones, es un bálsamo para el espíritu, un homenaje a la inteligencia, un gozo incomparable para los sentidos. No es casualidad que numerosos colegas suyos, de su tiempo y de otros tiempos, se hayan expresado a su respecto con palabras de respeto, admiración... y algo más. Otro compositor iluminado y de corta vida, Franz Schubert (1797-1828), nos legó estas hermosas palabras sobre Amadeus, el músico entre músicos, el elegido de los dioses:

"¡Oh Mozart, inmortal Mozart, cuántas innumerables imágenes de un mundo mejor y más luminoso has impreso en nuestras almas!"